

# **Obstáculos para el avivamiento**

[biblicom.org](http://biblicom.org)

---

Hay un obstáculo que prácticamente puede cerrar el canal de bendición e impedir la manifestación del poder de Dios: se trata del pecado. La falta de juicio propio detiene la obra del Espíritu e impide el avivamiento. «Si en mi corazón hubiese yo mirado a la iniquidad, el Señor no me habría escuchado», dice David (Sal. 66:18). Y recordemos también estas significativas palabras del profeta Isaías: «He aquí que no se ha acertado la mano de Jehová para salvar, ni se ha agravado su oído para oír; pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír» (Is. 59:1-2). Así pues, el pecado es una barrera terrible que hay que eliminar. No hay alternativa, ni compromiso que buscar: Dios no obrará mientras la iniquidad permanezca oculta.

Volvemos a leer: «Sembrad para vosotros en justicia, segad para vosotros en misericordia; haced para vosotros barbecho; porque es el tiempo de buscar a Jehová, hasta que venga y os enseñe justicia» (Oseas 10:12). Sin embargo, la promesa de la bendición de Dios se basa en condiciones inalterables: «Si se humillare mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado, y oraren, y buscaren mi rostro, y se convirtieren de sus malos caminos; entonces yo oiré desde los cielos, y perdonaré sus pecados, y sanaré su tierra» (2 Crón. 7:14). Así pues, solo un corazón quebrantado por el pecado, una confesión plena y la restitución, pueden satisfacer a Dios. El pecado debe abandonarse por completo.

El dolor no solo debe producirse por las consecuencias del pecado y su castigo, sino que debe sentirse respecto al pecado mismo, como cometido contra Dios mismo. El infierno está lleno de remordimientos, pero solo son consecuencia del castigo. No hay lugar para la verdadera contrición. El hombre rico de la parábola no dice una palabra que refleje una tristeza que proviene del hecho de que su pecado es contra Dios (Lucas 16:29-30). Pero David, aunque culpable de asesinato y adulterio, comprendió que su pecado era solo contra Dios (Sal. 51:4). El mero remordimiento no es verdadera tristeza según Dios, que es el único que produce un arrepentimiento para salvación del que no hay arrepentimiento (2 Cor. 7:10).

Solo Dios es capaz de producir ese corazón quebrantado y humillado que da como resultado la confesión y el abandono del pecado. Y nada menos que eso será suficiente. Los sacrificios de Dios son un espíritu quebrantado. ¡Oh Dios! No despreciarás un corazón quebrantado y humillado» (Sal. 51:17). El que esconde sus transgresiones no prosperará, pero el que las confiesa y las abandona alcanzará misericordia» (Prov. 28:13). Solo reconoce tu iniquidad, porque te has rebelado contra el Señor, tu Dios» (Jer. 3:13).

---

### **Hay 3 clases de confesión:**

- La confesión íntima: si el pecado se ha cometido solo contra Dios, no es necesario confesarlo a nadie más que a Dios. Léase [1 Juan 1:9](#) y [Salmo 32:5](#).
- La confesión a una persona: si el pecado se ha cometido contra alguien, debe confesarse no solo a Dios, sino también a la persona a la que se ha hecho el mal. No habrá paz hasta que se haga la confesión y se busque el perdón. Léase [Mateo 5:23-24](#).
- La confesión pública: Si el pecado se ha cometido contra varias personas, la confesión debe ser pública, como lo fue la transgresión. Mientras la iniquidad entre el pueblo de Dios permanezca oculta, y por lo tanto no confesada, se impedirá que el Espíritu Santo produzca un avivamiento. Los hombres deben estar bien unos con otros para estar bien con Dios.

Es un hecho bien conocido que grupos de personas que se han reunido para noches de oración, pidiendo un avivamiento, nunca han recibido una respuesta. ¿A qué se debe esto? Dejemos que la Palabra de Dios responda: «Vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír» ([Is. 59:2](#)). Por eso, Dios nos hace descubrir primero nuestra pecaminosidad. Primero debemos enderezar nuestros caminos torcidos, quitar las piedras y entonces podremos pedir con fe y esperar nubes de bendición. Sobre todo, debemos redescubrir con Dios ese lugar secreto donde se retira el corazón, la comunión con él.

Comencemos, pues, sin detenernos demasiado, a examinar uno por uno los pecados que hayan podido arraigarse en nuestro corazón. Tratemos cada transgresión por separado. Hagámonos humildemente las siguientes preguntas. Podemos ser culpables, y Dios quiere hablar con cada uno de sus hijos.

- ¿Hemos perdonado de verdad a cada uno de nuestros hermanos? ([Efe. 4:32](#)). ¿No hay malicia, resentimiento, odio o enemistad en nuestro corazón? ¿O, por el contrario, guardamos en secreto rencor e incluso nos negamos a reconciliarnos?
- ¿Acaso albergamos una ira sorda? ¿No hay «brotes» almacenados en nuestro interior, listos para molestar a los demás a la primera oportunidad? ([Hebr. 12:15](#)) ¿Es cierto que a menudo perdemos la paciencia? ¿No nos invade a veces la ira?
- ¿No hay celos amargos ([2 Cor. 12:20](#))? Cuando alguien es preferido a nosotros, ¿nos produce envidia e incomodidad? ¿Contribuyen a nuestros celos quienes pue-

---

den orar, hablar o actuar mejor que nosotros?

- ¿Nos irritamos e impacientamos con facilidad? ¿Nos molestan las pequeñas cosas? ¿O, por el contrario, somos amables, tranquilos y serenos en cualquier circunstancia?
- ¿Nos ofendemos fácilmente? ¿Nos sentimos heridos si la gente nos ignora y pasa a nuestro lado sin decir una palabra? ¿Nos sentimos resentidos si otras personas están muy rodeadas mientras que nosotros nos sentimos desatendidos?
- ¿Realmente no hay orgullo oculto en nuestros corazones? ¿No nos hemos «enorgullecidos» (Prov. 21:4)? ¿No tenemos un alto concepto de nosotros mismos o de nuestras capacidades (Rom. 12:3)?
- ¿Hemos sido deshonestos? ¿O nuestra profesión ha sido ejercida de manera irreprochable? ¿Realmente damos un metro por un metro y un kilo por un kilo?
- ¿Hemos “cotilleado” sobre otras personas? ¿Los hemos calumniado o difamado? ¿Estamos, por desgracia, entre los chismosos (Prov. 16:28), los que se entrometen en asuntos ajenos (Col. 2:8)?
- ¿No criticamos a menudo sin amor, con dureza, en lugar de aplicarnos a discernir a Cristo en nuestros hermanos y hermanas? ¿Estamos dispuestos a ver sus defectos, a señalar sus carencias?
- ¿No se siente Dios frustrado por nuestro comportamiento? (Mal. 3:8-9). ¿Le robamos el tiempo que le pertenece? ¿Nos negamos en secreto a compartir nuestras posesiones con él?
- ¿Somos mundanos? ¿Amamos el brillo, la púrpura, la ostentación de nuestro entorno?
- ¿Hemos robado a nuestro prójimo? ¿Hemos cogido pequeñas cosas que no nos pertenecen?
- ¿Cultivamos un espíritu de amargura hacia los demás? ¿Acaso albergamos odio en nuestro corazón?
- ¿Nuestra vida está llena de ligereza y frivolidad? ¿Nos comportamos a veces de forma inadecuada? Por nuestras acciones, ¿no tiene derecho el mundo a considerar que estamos de su parte?
- ¿Hemos agraviado a alguien? ¿Le hemos devuelto su propiedad? ¿Tenemos el mis-

---

mo espíritu que Zaqueo ([Lucas 19:8](#))? ¿Nos hemos ocupado de todas las pequeñas cosas de nuestra vida que Dios nos ha mostrado?

- ¿Estamos atormentados y ansiosos? ¿Nos falta confianza en Dios, ya sea para nuestras posesiones temporales o espirituales? ¿Nos preocupamos constantemente por dificultades que aún no hemos tenido que afrontar ([Fil. 4:6](#))?
- ¿Tenemos pensamientos codiciosos? ¿Dejamos que nuestra mente albergue voluntariamente pensamientos impuros y profanos, fruto de nuestra imaginación? ([1 Crón. 28:9](#)).
- ¿Somos veraces en lo que decimos o exageramos los hechos, creando así falsas impresiones en quienes nos rodean? ¿Hemos mentido?
- ¿Hemos cometido el pecado de incredulidad? A pesar de todo lo que Dios ha hecho por nosotros, ¿nos negamos a creer en las promesas de su Palabra?
- ¿Hemos pecado dejando de orar ([1 Sam. 12:23](#))? ¿Somos intercesores habituales? ¿Oramos habitualmente? ¿Cuánto tiempo pasamos de rodillas? ¿O hemos eliminado la oración de nuestras vidas?
- ¿Descuidamos la Palabra de Dios? ¿Cuánto tiempo dedicamos a leerla cada día ([Jer. 15:16](#))? ¿Estudiamos la Biblia con gozo? ¿Encontramos en las Escrituras la fuente de ayuda?
- ¿Hemos dejado de testificar abiertamente a Cristo? ¿Nos avergonzamos de Jesús? ¿Nos callamos a menudo cuando estamos rodeados de gente mundana? ¿Damos un testimonio fiel cada día, incluso con nuestra conducta?
- ¿Nos abraza el pensamiento de la salvación de las almas? ¿Tenemos amor por los perdidos? ¿Tenemos compasión en el corazón por los que perecen?

Estas son las cosas positivas y negativas que obstaculizan la obra de Dios entre su pueblo. Seamos honestos y llamémoslas por lo que realmente son: pecado. Esa es la palabra que usa Dios. Una vez que reconocemos que hemos pecado y estamos dispuestos a confesarlo y abandonarlo, podemos esperar que Dios nos escuche y actúe de forma poderosa. No podemos engañar a Dios. Así que eliminemos el obstáculo que nos impide dar un solo paso adelante. «Si nos examináramos a nosotros mismos, no seríamos juzgados» ([1 Cor. 11:31](#)). El juicio debe comenzar en la Casa de Dios ([1 Pe. 4:17](#)). La historia de toda obra de avivamiento ha sido así a través de los siglos. Día tras día, la Palabra de Dios ha sido proclamada, sin ningún resultado hasta que un hermano permite que su corazón se derrame en profunda confesión

---

y va a aquel a quien ha agraviado, pidiendo perdón; o una hermana confiesa con lágrimas en los ojos que ha estado calumniando a otra hermana o que no está en buenos términos con tal o cual persona en la reunión local. Entonces, cuando la confesión y la restitución han tenido lugar, cuando el terreno baldío ha sido limpiado, el pecado descubierto y reconocido, el Espíritu de Dios entra y el avivamiento puede apoderarse de toda la asamblea.

Así pues, hagamos primero la oración de David cuando clama: «Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad» (Sal. 139:23-24).

En cuanto se elimine el obstáculo del pecado, Dios se manifestará con su gran poder de avivamiento.

Recordemos que, para ser verdaderamente restaurado, para ser un vaso útil al Maestro, el cristiano debe reconocer primero cuándo ha abandonado, a menudo insidiosamente, su comunión con Dios, para buscar en cambio hacer su propia voluntad y seguir sus propios pensamientos. Su comunión no puede estar restablecida plenamente hasta que se rompe el ego. Debemos estar siempre atentos para descubrir cuándo empezamos a perder nuestra sensibilidad espiritual: la presencia de Dios nos lo hará sentir. ¡Cultivemos la intimidad con el Señor! Solo así nuestra conciencia permanecerá delicada y nuestro corazón experimentará el verdadero gozo en Cristo. Él podrá finalmente servirse de cada uno de nosotros para producir una obra real en medio de su pueblo. ¡Despiertos al fin, veremos su gloria (Lucas 9:32)!

*Muchos de los tuyos, olvidando tu Palabra,  
Se han hecho, del mundo, amigos.  
Pero todos reprendidos en nuestras consciencias,  
A ti, Jesús, clamamos de rodillas.  
Echa de nuestros corazones la indiferencia,  
¡Despiértanos, Señor, despiértanos!*

Según H&C, N° 244, 1, en francés  
Madeleine Thorens